



# Editorial



Hna. Mercedes Leticia Casas Sánchez, F.Sp.S.  
Presidenta de la CLAR

## LA FE QUE YO PREFIERO...

El pasado mes de octubre iniciamos en la Iglesia, por invitación del Papa Emérito Benedicto XVI, el Año de la Fe. Cuánto bien nos ha hecho este año, año de gracia, porque nos ha servido de ocasión para tomar en nuestras manos el hermoso regalo de la Fe, para agradecerlo, para hacerlo crecer, y sobre todo, para preguntarnos en este momento de nuestro camino: “Qué significa, en la vida diaria, *creer*”.

“La fe que yo prefiero es la esperanza”, dice algún filósofo. La fe que yo prefiero, digo yo, es la de una esperanza enamorada, o la de un amor esperanzado, es decir, aquella fe que me vincula, que me arraiga, que me centra y concentra en Mi Amor, en El Amor.

La fe, la entiendo como adhesión a una persona viva que es Jesús, el Hijo de Dios. El contenido de la fe no es una doctrina, sino una

Persona. Por eso, se entiende el “dar la vida por la Fe”, porque en el fondo, es dar la vida por Jesús.

Es vivir la vida con centro, con “peso”. *“Mi amor es mi peso. Allí donde va mi amor, allá voy yo. El amor es el peso que me arrastra”* (San Agustín). La fe me configura, me unifica, me simplifica; me enamora y me llena de esperanza. Ser cristiana, ser cristiano, supone vivir como creyentes esperanzados y enamorados, que siguen a Jesús el Señor porque lo han conocido y lo han amado; porque los ha seducido y llamado; porque quieren vivirse a su estilo, a su modo, “siguiendo” sus huellas, “hormando” su vida en ellas.

Por eso, ser creyente, tiene un sentido más profundo que pertenecer a una religión. A veces, para preguntar por la fe, decimos: ¿Cuál es tu religión? Y habría tantas respuestas como tantas son las religiones. Pero si mejor pregunto: ¿En quién crees? ¿En quién tienes puesta tu vida? ¿En dónde descansa tu corazón? ¿A quién sigues? La respuesta se centra en una Persona y desata en el interior de quien se lo pregunta un dinamismo existencial. Además, esta respuesta me confronta y reorienta el corazón y la vida, de tal manera, que puedo advertir si el corazón y la vida los tengo puestos en otro fundamento, si es necesario reordenar el amor y la esperanza. Porque creer es amar y esperar en Dios, y en el caso de la fe cristiana, en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

La Fe simplifica la vida porque la abarca, la centra. Es como vivir despiertos, atentos, vigilantes. El Papa Francisco, en una de las recientes audiencias generales, dijo:

*“No se conoce ni el día ni la hora del regreso de Cristo; lo que se pide es estar preparados para el encuentro, que significa saber ver los signos de su presencia, tener viva la fe con la oración y con los sacramentos; se trata de ser vigilantes para no dormirnos, no queremos cristianos dormidos. Ser vigilantes para no olvidarnos de Dios”* (Papa Francisco, 24 de abril 2013, Audiencia General, Roma).

La fe nace del encuentro, y nos prepara para el encuentro: “Hemos encontrado al Mesías” (Jn 1, 41b). Y en el intervalo de su nacimiento y

de su meta, dispone a vivirnos en clave de encuentro. La fe me lleva a saber encontrarme con Dios, con los demás, con la naturaleza, conmigo misma. Vivir en clave de encuentro me enseña a relacionarme de manera nueva con estas realidades, a vivirme como alguien vinculado. Y porque nace del encuentro, la fe implica seguimiento.

Ciertamente, pertenecer a una religión tiene sentido en la medida que la religión me “re-liga”, estrecha los vínculos con Dios, con todo lo que Él ama, con la entera creación obra de sus manos. Por eso la fe cristiana se vive, se nutre y se madura en el seno de la comunidad eclesial, porque nos va dando la consanguineidad del Espíritu y nos hace familiares unos de otros, Hijos y hermanos.

Y esta fe, esperanzada y enamorada, vivida en comunidad creyente, se vuelve discipulado: seguimiento y anuncio del Reino. Hoy, la Iglesia nos invita a entrar en el movimiento de la Nueva Evangelización, y de la Misión Continental, a la que nos lanza “Aparecida”; nos invita a recomenzar desde Cristo. Ante un mundo fracturado, desorientado, en medio de estos tiempos recios, el Espíritu Santo nos urge a una nueva evangelización que muestre el Rostro Misericordioso de Dios: *“Dejémonos envolver por la Misericordia de Dios”*, dice el Papa Francisco. Y en la medida en que contemplemos ese Rostro Misericordioso, y lo manifestemos a los demás, surgirá un movimiento de profunda conversión, y se encenderá en el corazón de cada creyente la Pasión por Cristo y por la Humanidad, porque *“la mirada de fe necesita siempre la mirada sencilla y profunda del amor”* (Papa Francisco).

La Fe y la Nueva Evangelización hunden sus raíces en el Icono de Betania, desde el momento en que la Fe se vuelve compromiso comunitario y evangelizador a partir de la experiencia del Maestro al interior de la comunidad y a la luz de la profesión de fe de Marta que se expresa en la diaconía (Jn 11, 27; Lc 10, 38-42), la fe de Lázaro que lo lleva a pasar de la muerte a la vida y a vivir en la libertad del Espíritu (Jn 11, 1-44), la fe de María que la lleva a quebrar los frascos y a derramar el perfume de la escucha y del amor (Jn 12, 1-18; Lc 10, 38-42).